Poul Anderson
Gheto



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Poul Anderson ofrece una sólida prueba de que no siempre la cantidad afecta a la calidad. Por lo menos en el caso de un escritor de talento. Anderson es uno de los escritores de ciencia-ficción más prolíficos que en el solo período de 1951 a 1965 ha escrito alrededor de ciento setenta y cinco narraciones, muchas de ellas extensas como una novelita. A pesar de eso, su nivel de calidad se mantiene alto.

«Ghetto», la conmovedora y poética narración escogida para esta antología fue escrita en la Edad de Oro de la «Fantasy and Science Fiction», de Boucher y McComas, a mediados de los cincuenta. En ella, Anderson crea una colonia de hombres estelares, parias en su propio planeta, odiados por aquellos a quienes sirven, segregados y reducidos a ciudadanos de segunda clase. Aquí tenemos una historia de amor verdaderamente única, escrita con sensibilidad y comprensión que nos muestra un sorprendente retrato de grupo de los viajeros del espacio de mañana.

El monorriel los dejó donde empezaba la gran ciudad de Kith Town. Su llamarada de luz, rojo, oro y verde, serpenteó entre las torres altas y delgadas, vibró en el cielo, pero aquí reinaba una gran oscuridad y quietud puesto que la noche había caído. Kenri Shaun se quedó parado un momento con los otros, moviéndose torpemente y preguntándose qué decir. Los otros sabían que iba a renunciar, pero una de las reglas Kith era el respeto a la intimidad y ella les obligaba a guardar silencio.

-Bueno -dijo finalmente-. Ya volveremos a vernos.

-Desde luego -afirmó Graf Kishna-. No abandonaremos la Tierra hasta dentro de algunos meses -tras una pausa, agregó-: Te echaremos de menos cuando tengamos que irnos. Ojalá que para entonces hayas cambiado de idea, Kenri.

-No. Me quedo. Gracias, de todos modos.

-Ven a vernos -le invitó Graf-. Es preciso que un día nos reunamos todos y juguemos una memorable partida de póquer.

-Claro, claro. Contad conmigo.

Graf con la mano rozó el hombro de Kenri. Éste era uno de los gestos *kith,* más elocuentes que cualquier palabra.

-Buenas noches -se despidió en voz alta.

-Buenas noches.

El murmullo de sus palabras resonó en la oscuridad. Allí se quedaron un rato media docena de hombres vestidos con ropa de calle: jubón azul holgado, pantalón que hace bolsas y zapatos blandos. Podía apreciarse en ellos una extraña similitud, todos eran de pequeña talla, delgados de tipo y tez oscura; pero lo que más los distinguía era su

estilo de caminar y la expresión de sus rostros. Toda su vida habían contemplado la *rareza,* lejos, entre las estrellas.

Luego el grupo se disolvió y cada uno emprendió su propio camino. Kenri se dirigió a casa de su padre. Hacía fresquito, el polo norte giraba hacia el otoño, y Kenri con la cabeza muy metida entre sus hombros, embutió sus manos en los bolsillos.

Las calles de Kith eran estrechas franjas de concreto oscuro iluminadas por radiantes globos anticuados. Derramaban una vaga claridad sobre los céspedes, los árboles y sobre las casitas medio hundidas en el suelo que se elevaban bastante separadas del camino. Había poca gente fuera de sus casas: un agente de policía ya maduro, solemne con su capa de capucha; una joven pareja que paseaba lentamente, cogida de la mano; un grupo de chiquillos que daban volteretas en el césped, pequeñas formas flexibles que llenaban el aire con sus risas y a sí mismos con la belleza y el misterio. Podrían haber nacido cien años antes algunos de esos chicos y haber estado encerrados en mundos cuyos soles verdaderos eran invisibles aquí; pero siempre el planeta al final atraía a los hombres al hogar. Algún día podrían cruzar la Galaxia, pero siempre regresarían a los bosques rumorosos y a los mares galopantes, y a la lluvia y al viento y a las blandas nubes. A través de todo el espacio y el tiempo, regresarían a su madre Tierra.

La mayoría de hemisferios frente a los que pasaba Kenri estaban a oscuras, atendidos sólo por máquinas mientras sus moradores revoloteaban por alguna parte, más allá del cielo. Pasó frente a la casa de su amigo Jong Errifrans y se preguntó cuándo volvería a verle. El *Volador dorado,* que venía desde Betelgeuse, no llegaría hasta dentro de un siglo terrestre y, para entonces, la nave de Kenri, *Alavolante* posiblemente se habría ido.

«¡No, un momento, que yo me quedo aquí! Seré muy viejo para cuando Jong regrese. Él aún será joven y alegre, aún llevará una guitarra en bandolera y una sonrisa en los labios. Yo seré, para entonces, un terrícola.»

La ciudad contaba sólo con unos cuantos miles de casas y la mayoría de sus habitantes estaban fuera algún tiempo u otro. Sólo el Sol estaban ahora el *Alavolante,* la *Nube Voladora,* el *Alta Berbería,* la *Nuestra Señora* y la *Princesa Karen.* Su tripulación rondaría en las mil doscientas personas, niños incluidos. Henri susurró aquellos nombres adorables y arcaicos, paladeándolos. Kith Town, como la sociedad *kith,* era inmutable. Y así debía ser. Se viaja casi a la velocidad de la luz, el tiempo se encoge hasta el punto que uno puede ausentarse una década y, al regresar, se encuentra con que en la Tierra ha transcurrido un siglo. Y aquí estaba su hogar, donde uno se encontraba entre sus semejantes y ya no era un soldado raso que debía doblegarse para engatusar los grandes mercaderes de Sol. Aquí podía andar como un hombre. No era cierto lo que se decía en la Tierra acerca de que los soldados rasos eran desarraigados, sin planeta, historia o lealtad. Aquí

había un sentido más profundo de pertenencia que el que nunca conoció el febril surgir, pelear y caer del Sol.

-Buenas noches, Kenri Shaun.

Se detuvo, arrancado de sus pensamientos, y miró a la joven. La luz pálida de un globo callejero bañaba sus largos cabellos negros y su figura menuda.

-¡Oh! -exclamó, volviendo a la realidad. Se inclinó-.

Buenas noches, Theye Barinn. Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Dos años, verdad?

-A mí no me ha parecido tanto -dijo ella-. El *Alta Berbería* salió para Vega en el último viaje. Hemos estado en órbita alrededor de un mes terrestre. El *Alavolante,* llegó hace un par de semanas, ¿no es eso?

Con palabras encubiertas, sin osar decirlo claramente, Kenri estaba convencido de que ella sabía con toda precisión cuándo había llegado de Sirio la gran nave espacial y cuándo había entrado en órbita alrededor del planeta que constituía su hogar.

-Así es -respondió él-, pero nuestra computadora de astrogación se fundió y tuve que quedarme a bordo con algunos compañeros hasta componerla.

-Lo sabía -dijo ella-. Les pregunté a tus padres por qué no estabas en Kith. ¿No te sentías... impaciente?

-Claro que sí -respondió, aunque había poco convencimiento en su voz. No habló de la fiebre que lo había abrasado para irse a otro lado y llegar a Dorthy donde ella le esperaba entre las rosas de la tierra-. Sí, desde luego, pero la nave llegó primero y yo era el hombre más indicado para el trabajo. Mi padre vendió por mi cuenta mi participación en el cargamento. De todas maneras nunca me han interesado los negocios.

«¡Palabrería inane!», pensó, mordiéndose la lengua. «¡Palique que me roba parte del tiempo que podría pasar con Dorthy!»

Pero no podía escaparse aún, Theye era una amiga. Tiempo atrás, pensó que podría ser algo más que eso; pero fue antes de conocer a Dorthy.

-Las cosas no han cambiado mucho desde que nos fuimos -dijo ella-. Es poco tiempo veinticinco años terrestres... Sigue aquí el Imperio Estelar, con su lengua y su jerarquía genética. Tal vez un poco mayor, un poco más febril, un poco más cerca de la revuelta o de la invasión y de su fin. Recuerdo que los africanos se parecían mucho a esto, una o dos generaciones antes de su decadencia.

-Así eran ellos -confirmó Kanri-. Así eran otros. Y aún otros lo serán. Pero oí decir que las Estrellas van a reprimirnos.

-Sí -su voz era un susurro-. Ahora debemos comprar distintivos, a un precio escandaloso, y usarlos siempre cuando salimos de la ciudad. La cosa puede empeorar y creo que empeorará.

Kenri vio que sus labios temblaban un poco bajo la curva pronunciada de su nariz y que volvía hacia él sus ojos que de repente se cubrían con un velo de lágrimas brillantes.

-Kenri… ¿es verdad lo que dicen acerca de ti?

-¿Qué dicen? -preguntó a su vez.

-Que piensas renunciar. Abandonar el Kith… convertirte en un terrícola.

-Hablaremos de eso más tarde -notaba una aspereza en su garganta-. No dispongo de tiempo, ahora.

-Pero Kenri… -aspiró profundamente y retiró su mano.

-Buenas noches, Theye. Nos veremos después. Tengo que apresurarme.

La saludó con una inclinación y siguió su camino, rápidamente, sin volver la cabeza. Las luces y las sombras se deslizaban por su espalda trazando listas.

Dorthy le esperaba y él la vería esta noche. Pero quién sabe por qué no podía, simplemente, experimentar felicidad al pensarlo.

Se sentía de un humor de todos los diablos.

Ella estaba de pie junto al ojo de buey de babor mirando hacia afuera a la oscuridad y la luz blancuzca que despedían las paredes de la nave se veía fría en su pelo. Él llegó y se colocó sigilosamente tras ella y pensó nuevamente lo maravillosa que era. Incluso un milenio antes, rubias altas y esbeltas como ella -fueron raras en la tierra. Si los criadores humanos del Imperio Estelar no hubieran hecho nada más, debería recordárseles amorosamente por haber creado tal criatura.

Ella giró la cabeza rápidamente notando su proximidad con una agudeza perceptiva que él nunca podría igualar. Sus ojos, de un intenso azul plateado, se fijaron en él, desmesuradamente abiertos y sus labios se entreabrieron levemente, cubiertos a medias con su -fina mano. Él pensó en lo bella que era la mano de una mujer.

-Me asustaste, Kenri Shaun.

-Cuánto lo siento, Damalibre -dijo apenadamente,

-No 1ue nada… -sonrió con un asomo de temblor-. Estoy demasiado nerviosa… no conozco el espacio interestelar en absoluto.

-Me imagino que puede ser… trastornador, si uno no está acostumbrado. Damalibre -dijo Kenri-. Por lo que a mí respecta, nací entre las estrellas.

Damalibre tembló ligeramente bajo la delgada túnica azul.

-Es demasiado inmenso… -aseguró-. Demasiado inmenso, viejo y extraño para nosotros, Kenri Shaun. Creí que viajar entre los planetas era algo que estaba más allá de la comprensión humana, pero esto… -

su mano rozó la suya y doblegó los dedos, casi contra su voluntad-: Esto no se parece a nada que hubiera podido imaginar.

-Cuando se viaja a una velocidad rayana a la de la luz -explicó él, cubriendo con pedantería su timidez-, no pueden esperarse que las condiciones sean las mismas. El desvío aparente desplaza las estrellas y el efecto de Doppler produce cambios de color. Eso es todo, Damalibre.

A su alrededor la nave espacial zumbaba como si hablara consigo misma. Dorthy en alguna oportunidad se había preguntado cómo pensaría el robot que era el cerebro de la nave... cómo sentía ser una nave del espacio, eterno vagabundo entre cielos extranjeros. Kenri le había explicado que el robot carecía de conciencia, pero desde entonces la idea se había posesionado de él. Tal vez por habérsele ocurrido primeramente a Dorthy.

-Posiblemente lo que me asusta en mayor medida es el encogimiento del tiempo -confesó. Su mano seguía entre los dedos de Kenri y notaba cómo se contraía. Percibió el tenue y raro perfume que Dorthy usaba, un aroma embriagador que le llenaba el olfato-. Tú... casi me es imposible hacerme a la idea de que naciste hace mil años, Kenri Shaun, y que seguirás viajando entre las estrellas cuando yo ya me haya convertido en polvo.

Era una sugerencia evidente para que le hiciera un cumplido, pero su lengua estaba trabada por su torpeza. Kenri era un hombre espacial, un kith, *un sucio soldado raso asqueroso y ella una Estrella-Libre, un genio no especializado,*

la flor más fina de la jerarquía genética del Imperio. Kenri agregó:

-No es ninguna paradoja, Damalibre. A medida que la velocidad relativa se acerca a la de la luz, el intervalo de tiempo medido decrece en proporción al aumento de la masa. Pero eso sólo reza para un observador estacionario. Una serie de cálculos es tan «real» como la otra. En el presente viaje estamos volando con un factor tau *de treinta y tres, más o menos, lo que equivale a decir que nos llevará unos cuatro meses salvar la distancia de Sirio al Sol, pero para un observador de cualquiera de ambos astros el viaje llevará casi once años -sentía la boca seca, pero torció los labios y sonrió-. No es mucho, Damalibre. Habrás estado ausente... dos veces once, más un año en el sistema de Sirio... total veintitrés años. Aún encontrarás que te esperan todas tus propiedades.*

-¿No se lleva esto una enorme masa de reacción? -preguntó Dorhty. Una arruga finísima apareció en su ancha frente al fruncirla tratando de comprender.

-No, Damalibre. Mejor dicho, sí. Pero nosotros no tenemos por qué despedir materia como debe hacerlo una nave ínter planetaria convencional. La derrota reacciona directamente contra las masas de las estrellas locales -teóricamente el universo entero- y convierte nuestro lastre de mercurio en energía cinética para el resto de la nave. Actúa en igual forma en toda su masa y debido a eso no

experimentamos la presión de aceleración y podemos acercarnos a la velocidad de la luz en unos cuantos días. De hecho si no hiciéramos girar la nave, seriamos ingrávidos. Cuando llegamos al Sol, el agoratrón convertirá de nuevo en átomos de mercurio la energía, y de nuevo estaremos casi en posición estacionaria con respecto a la Tierra.

-Siento mucho no haber sido nunca muy buena en física -Dorthy sonrió-. Dejemos eso en manos de los tipos de la Tierra especializados en Estrella-A y Norma-A.

La sensación de rechazo parecía ahogarle. «Así es -pensó-, el trabajo muscular lo mismo que el cerebral siguen siendo simplemente trabajo. Dejemos que los inferiores suden, los Estrellas-libres necesitan de todo su tiempo para ser simple ornato.» Los dedos de Dorthy se habían distendido y Kenri retiró su mano.

Ella parecía estar apenada al notar que Kenri se sentía lastimado. Reaccionó impulsivamente y con la mano le acarició la mejilla.

-¡Lo siento mucho! -dijo en voz baja-. No tuve la intención de... No quise decir lo que estás pensando.

-Olvídalo, Damalibre -dijo, distante, tratando de disimular su desconcierto. ¡Que una aristócrata pidiera excusas...!

-No puedo olvidarlo -dijo ella, con ardor-. Sé que son muchos los que no quieren a los kith. *Simplemente no encajáis en nuestra sociedad, debes darte cuenta. Nunca habéis pertenecido, en realidad, a la Tierra -lentamente el rubor -fue cubriendo sus pálidas mejillas y bajó la vista. Sus pestañas eran largas y de un negro intenso-. Pero conozco un poco a la gente, Kenri Shaun. Me doy cuenta de que un tipo es superior a los demás cuando me tropiezo con él. Tú mismo podrías ser un Estrellalibre, excepto que... podría aburrirte.*

-Nada de eso, Damalibre -dijo Kenri, con voz poco clara.

Kenri se había alejado de ella. Una canción silente se elevaba en sus adentros. «Tres meses -pensó extasiado-, aún faltan tres meses-nave para llegar al Sol.»

El resto susurraba secamente cuando llegó a la puerta de los Shaun. Encima de su cabeza, se oyó un arce que se agitaba, como si hablara a la brisa ligera y revoloteando cayó sobre él una hoja de color de sangre. Tendremos heladas tempranas este año, pensó. El sistema de control metereológico nunca había sido reconstruido desde que los mecanoclásticos lo destruyeron. Y tal vez en eso no anduvieron equivocados. Hizo un alto para inhalar el olor que traía el viento. Éste era frío y húmedo, saturado de aromas: del mantillo, de la tierra revuelta y de bayas maduras. Le sorprendió de momento la idea de que nunca antes estuvo aquí durante el invierno. Nunca había visto las montañas blancas y brillantes. Jamás había presenciado el tremendo silencio que acompañaba a la caída de la nieve.

Una cálida luz amarilla que salía de la casa trazaba círculos en el césped. Puso la mano en la placa de la puerta y recorrió el grabado. La puerta se abrió. Cuando entró en la pequeña sala de estar, atestada de muebles y con media docena de niños, percibió el olorcillo persistente de la cena y lamentó haber llegado tan tarde. Cenó a bordo, pero no había en toda la Galaxia cocina que pudiera compararse a la de su madre.

Saludó a sus padres en la forma prescrita por la tradición y su padre inclinó la cabeza con seriedad. Su madre se contuvo menos, lo *abrazó* y comentó que había adelgazado. Los niños se limitaron a un breve saludo y regresaron a sus libros, a sus juegos y a su cháchara. Habían visto frecuentemente a su hermano y eran demasiado jóvenes para comprender lo que representaba su decisión de renunciar.

-Ven, Kenri, déjame que te prepare por lo menos un bocadillo... -dijo su madre-. Está muy bien tenerte de nuevo entre nosotros.

-No, no tengo tiempo -dijo Kenri. Desalentado agregó-: Me gustaría, pero... en fin, tengo que volver a salir. Su madre se volvió hacia él.

-Theye Barinn ha preguntado por ti -dijo, esforzándose en quitar importancia a sus palabras-. El *Alta Berbería* regresó ya hace un mes-tierra.

-¡Sí, ya sé! Nos encontramos en la calle.

-Theye es una muchacha muy buena -dijo su madre-. Deberías ir a visitarla. Es bastante temprano esta noche...

-Ya iré un día de esos.

-El *Alta Berbería* saldrá de nuevo para Tau Cetí donde permanecerá un par de meses -explicó su madre-. Tendrás pocas oportunidades de ver a Theya a menos que... -su voz se apagó. *A menos que te cases con ella. Es de tu misma clase, Kenri. Se encontrará a sus anchas en el* Alavolante. *Me dará nietos muy robustos.*

-Otra vez será... -repitió.

Lamentó haber hablado con tono tan brusco, pero no pudo evitarlo. Se volvió hacia su padre:

-Papá, ¿qué hay acerca de ese nuevo impuesto? Volden Shaun frunció el entrecejo.

-¡Es un impuesto totalmente injusto! -tronó-. ¡Ojalá que todos sus malditos trajes espaciales se rajen! Ahora nos están obligando a llevar esos distintivos y pagar un dineral por ellos.

-¿Podrías... prestarme el tuyo para usarlo esta noche? Necesito entrar en la ciudad.

Lentamente, Volden fijó la vista en los ojos de su hijo. Luego suspiró y se puso de pie.

-Lo encontrarás en mi estudio -dijo-. Ven conmigo y me ayudarás a buscarlo.

Entraron juntos en la diminuta habitación. Estaba atestada con los libros de Volden quien leía acerca de todo lo imaginable como todos los *kith.* También guardaba allí sus instrumentos de astrogación cuidadosamente pulidos y sus recuerdos de otros viajes. Todo tenía para él su significación. Esa espada, de intrincado cincelado, se la había regalado un armero en Proción V, un monstruo armado hasta los dientes que había sido amigo suyo. Esa estereografía representaba una vista de las agudas montañas de Isis, gases helados parecidos a ámbar derretido, brillantes bajo la poderosa luz de Sirio. Ese juego de cornamenta era el recuerdo de una cacería en Loki, en sus años de juventud. Esa estatuilla saltarina y ligera representaba a un dios de Dagón. Volden, con su espesa y bien recortada barba gris, se inclinó sobre el escritorio y sus manos revolvieron entre los papeles.

-¿Quieres realmente arrostrar tal humillación tan resignadamente? -preguntó en voz baja.

Los colores subieron a la cara de Kenri.

-Sí -dijo-. Lo siento mucho, pero... sí.

-He visto a otros hacerlo -dijo Volden-. Incluso algunos en su mayoría prosperaron. Pero no creo que nunca se sintieran realmente felices.

-Lo supongo -dijo Kenri.

-El próximo viaje del *Alavolante* probablemente será a Rigel -anunció Volden-. No regresaremos hasta dentro de mil años. Aquí ya no quedará nada del Imperio Estelar. Incluso tu nombre se habrá olvidado.

-He oído hablar de ese viaje -la voz de Kenri se volvió espesa-. Ésa es una de las razones por las que me quedo. Volden levantó la vista y le miró desafiante.

-¿Qué es eso tan bueno que tienen las estrellas? -preguntó-. He presenciado mil doscientos años de historia del hombre y he vivido buenos y malos tiempos. El presente no es uno de los buenos, pero empeorará.

Kenri guardó silencio.

-Esa joven no es de tu clase, hijo mío -dijo Volden-. Es una Estrellalibre. Tú sólo eres un maldito y sucio soldado raso.

-El prejuicio que existe con nosotros no es racial -declaró Kenri, evitando la mirada de su padre-. Es cultural. Un hombre del espacio que se convierte en terrícola es, para ellos, perfectamente aceptable.

-Así fue hasta ahora -convino Volden-. Pero ya está empezando a convertirse en racial. Posiblemente todos tendremos que abandonar la Tierra durante una temporada.

-Entraré en la clase de ella -proclamó Kenri-. Dame esa insignia.

-Tendremos que reacondicionar la nave para levantar su factor tau -dijo Volden-. Aún dispones de seis largos meses. No saldremos antes. Espero que recapacites.

-Trataré -respondió Kenri, pero sabía que mentía y que sus palabras eran de boca para afuera.

-¡Aquí está! -Volden sostenía en la mano un lacito amarillo de cordón trenzado-. Préndelo en tu chaqueta -extrajo del bolsillo una cartera-. Aquí tienes mil *decartas* de vuestra moneda. Tienes cincuenta mil más guardadas en el Banco, pero no dejes que te roben éstas.

Kenri se prendió el símbolo en la solapa. Parecía que le pesara, como si llevara una piedra amarrada al cuello. Se ahorró una humillación más intensa por una reacción automática de su mente. Con cincuenta mil decartas..., ¿qué podría comprar? Un hombre del espacio necesariamente invertía en propiedades que fueran tangibles y que duraran mucho.

Luego recordó que él se quedaría aquí. Aquel dinero no debería perder su valor por lo menos mientras viviera. ¡El dinero era un medio tan excelente para suavizar las aristas de los prejuicios!

-Regresaré mañana... seguramente. ¡Gracias, papá! Buenas noches...

La tétrica cara de Volden endureció las arrugas. Habló con voz carente de tonalidad. -Buenas noches, hijo mío.

Kenri franqueó la puerta y se adentró en la oscuridad de la tierra.

La primera vez no impresionó gran cosa a ninguno de los dos. El capitán Seralpin le dijo a Kenri.

-Debemos tomar otro pasajero. Es una mujer. Está en Recalada, en Ishtar. ¿Quieres ir a por ella?

-Dejemos que se quede allí hasta que estemos a punto de partir -dijo Kenri-. ¿Por qué hacer que se pase un mes en Marduk?

-Me da igual y no me importa -Seralpin se encogió de hombros-. Pero ella pagará su transporte hasta aquí. Toma el bote cinco.

Kenri abasteció de combustible la pequeña lanzadera interplanetaria y salió disparado del Alavolante, *refunfuñando. En aquel momento Ishtar estaba al otro lado de Sirio e incluso viajando en órbita de aceleración le llevaría varios días llegar hasta allí. Pasó el tiempo estudiando el libro de cosmología general de Murinn, un manual que continuaba siendo de actualidad a pesar de haber sido publicado por primera vez dos mil quinientos años atrás. No había habido avances básicos en la ciencia desde la caída del Imperio Africano, reflexionó, y actualmente en la tierra tenían el convencimiento de que todas las preguntas esenciales habían sido ya respondidas. Al fin y al cabo, el universo era finito y en consecuencia también debía serlo el horizonte científico. Tras varios siglos durante los cuales la investigación no*

descubrió nuevos fenómenos que no hubieran ya sido anticipados por la teoría, habría naturalmente una pérdida de interés que en última instancia se convertiría en dogma.

Kenri no estaba seguro de la infalibilidad del dogma. Había visto demasiado del cosmos para tener una fe excesiva en la capacidad del hombre para comprenderlo. Existían problemas en cientos de campos: física, química, biología, psicología, historia, epistemología, a los que los Nueve Libros *no daban respuesta satisfactoria. Pero cuando él intentaba hacérselo ver a un terrícola sólo obtenía una mirada inexpresiva o una sonrisa de superioridad... No, la ciencia era una empresa social y no podía existir cuando la sociedad no la quería. Pero ninguna civilización dura eternamente. Algún día volverían a formularse preguntas.*

La mayoría de pasajeros del Alavolante *eran ingenieros en excedencia o colonos que regresaban al hogar. Muy pocas de las grandes naves habían transportado nunca, un aristócrata estelar. Cuando tomó tierra en Recalada caía una lluvia espumeante. Caminó por las calles cálidas y húmedas hasta llegar a las galerías arqueadas del parador. Para él fue una sorpresa ver que la pasajera que iba a recoger era una mujer joven y bellísima. Le hizo una profunda reverencia, cruzando sus brazos sobre el pecho tal como estaba ordenado, y se sintió presa de la rigidez de su incomodidad. Él era el extraño, el inferior, el vagabundo del espacio y ella era una de las poseedoras de la tierra.*

-Espero que el bote no sea demasiado incómodo para usted, Damalibre -murmuró, e inmediatamente se odió a sí mismo por tanta obsequiosidad.

Debió haberle dicho: «Perra inútil y sin sesos, mi pueblo mantiene viva la Tierra y eres tú quien debería arrodillarse a mis pies y darme las gracias.» Pero en vez de decir esas palabras, volvió a inclinarse ante ella y luego la ayudó a que subiera la escalerilla hasta meterse dentro de la exigua cabina.

-Me acostumbraré -rió ella.

Kenri supuso que aún era demasiado joven para haber adquirido ya los modales pretenciosos de las de su clase. Veíanse en su pelo frías gotas de las nieblas de Ishtar que brillaban como joyas diminutas. Sus ojos azules aparecieron amistosos cuando los posó en la cara aguda y oscura de Kenri.

Él computó una órbita que los llevara de regreso a Marduk.

-El viaje nos tomará más de cuatro días, Damalibre -le dijo-. Espero que no tenga excesiva prisa.

-¡Oh, no! -exclamó ella-. Simplemente quise ver también ese planeta antes de regresar.

Kenri pensó en lo que debía costarle y sintió una vaga sensación de agravio que alguien pudiera despilfarrar tanto dinero haciendo turismo. Pero no dijo nada y se limitó a menear la cabeza.

Ya llevaban mucho rato en el espacio. Kenri salió de su litera cerrada por unas cortinas tras unas cuantas horas de sueño. Encontró que ella ya estaba despierta y que hojeaba su Murinn.

-No entiendo ni jota de lo que aquí dice -confesó-. ¿Siempre usa una palabra para decir lo que requiere por lo menos seis?

-Le preocupa mucho la concisión, Damalibre -dijo Kenri, que empezaba a desayunar. Impulsivamente, agregó-: ¡Cuánto me habría gustado conocerle!

Ella recorrió con la mirada los estantes de la biblioteca de a bordo. Estantes y más estantes de microlibros y de libros de tamaño normal.

-Vosotros leéis muchísimo, ¿verdad?

-¿Qué otra cosa podríamos hacer durante nuestros largos viajes? Desde luego que también manufacturamos artículos de artesanía y preparamos artículos para la venta y cosas por el estilo; pero siempre nos queda tiempo de sobras para leer.

-Lo que me sorprende es que viajéis con tripulaciones tan numerosas -dijo ella-. Seguramente que no se necesita tanta gente para guiar una astronave.

-Francamente no, Damalibre -replicó-. Una nave que viaja entre las estrellas, prácticamente vuela sola. Pero así que llegamos a algún planeta se necesita a mucha gente.

-Y sirven de compañía, además, supongo -aventuró ella-. Irán esposas, hijos, amigos...

-Sí -afirmó con voz cada vez más fría. «¿Qué le importará a ella?», pensó.

-Me gusta Kith -manifestó la joven-. Solía ir muy a menudo. Es tan... ¿pintoresca? Parece un fragmento del pasado, mantenido vivo durante siglos.

«¡Claro -deseaba decir Kenri- claro! Os gusta venir a observarnos y quedaros con dos palmos de narices. Venís a visitarnos borrachos y a mirar dentro de nuestras casas; cuando os cruzáis con algún viejo comentáis que es un tipo divertido, sin siquiera tener el pudor de bajar la voz; y cuando regateáis con algún comerciante y éste trata de venderos a un precio justo sólo, os prueba a vosotros que todos los rasos piensan en lo mismo: dinero. ¡Oh, sí! Nos encanta su visita. ¡Faltaría más!»

Pero no dijo nada de todo eso. Se limitó a decirle:

-Es tal como usted dice, Damalibre.

Pareció quedar resentida y dijo muy poca cosa durante varias horas. Más tarde, su mirada volvió a perderse en el espacio que él había tapado corriendo unas cortinas. Y entonces oyó que ella tocaba un violín. De él salía una viejísima melodía, más vieja que el deseo del hombre de viajar hacia las estrellas, increíblemente vieja. Sin embargo, seguía siendo tierna y de fiar, aún representaba todo lo que era bueno y caro al hombre. Le fue imposible situarla. ¿Qué era aquella melodía...? Al cabo de un rato ella cesó de tocar. Kenri sintió la necesidad de impresionarla. Los kith *tenían sus propias tonadas. Sacó su guitarra y empezó a rasgarla y dejó que su mente se ausentara.*

De pronto rompió a cantar.

Notó que ella abandonaba su lugar y lentamente se le acercaba por la espalda, pero Kenri pretendió no darse cuenta. Su voz se elevaba por encima del rasgueo de la guitarra mientras miraba afuera hacia los fríos astros y el rojizo creciente de Marduk.

Terminó su canción en medio de una explosión de cuerdas, miró a su alrededor y se levantó para inclinarse haciendo una reverencia.

-¡No... siéntate! -casi gritó ella-. Aquí no estamos en la Tierra. ¿De quién era esa canción?

-De Jerry Clawson, *Damalibre -replicó-. Es muy antigua... en realidad canté una versión actual de su inglés primitivo. Se remonta claramente a los primeros días de los viajes interplanetarios.*

Se daba por descontado que los Estrellaslibres eran al mismo tiempo intelectuales y estetas. Esperó que ella dijera que alguien debería recopilar en un libro las baladas kith.

-Me gustó -dijo ella-. Me gustó muchísimo. Kenri desvió la mirada.

-Muchas gracias, Damalibre -dijo-. ¿Puedo atreverme a preguntarle qué tocó anteriormente con el violín?

-¡Oh! Lo mío era aún más antiguo. Un tema de la Sonata a Kreutzer. *Estoy loca por ella -rió lentamente-*; *Creo que me habría gustado mucho conocer a Beethoven.*

Entonces sus miradas se cruzaron. Ya no miraron a otra parte y guardaron silencio por lo que pareció ser una eternidad.

La Ciudad de Kith terminaba tan netamente que se habría dicho cortada a cuchillo. Presentaba el mismo aspecto desde hacía tres mil años: un santuario del tiempo. Algunas veces se levantó sola en medio de páramos abiertos a todos los vientos, sin ninguna obra del hombre a la vista excepto las ruinas de algunas paredes. Otras, era devorada en su totalidad por el rugiente monstruo de una gran ciudad. Finalmente, como era el caso ahora, se extendía en las afueras de una gran comuna pero siempre era la Ciudad, inmutable, no violada.

No, no era exactamente así. Años atrás, la guerra la barrió, y sus muros aparecieron entonces como picados de viruelas, sus tejados hundidos, las calles atestadas de cadáveres. Repetidamente surgieron turbas asesinas buscando algún raso a quien linchar. También se habían presentado soldados fanfarrones y altaneros para imponer por la fuerza algún nuevo decreto. Podían regresar. En el curso del interminable tumulto de la historia, tal vez regresarían. Kenri notó la brisa otoñal que azotaba su cuerpo y sintió un escalofrío. Empezó a dirigirse a la avenida más cercana.

En la actualidad el vecindario lo formaba un apiñamiento de tugurios, lúgubres casas de vecindad en ruinas y callejas tristes. Las gentes, que parecían ir a la deriva sin propósito, vestían jubones y faldas grises de mala calidad y olían mal. La mayoría eran *normas,* nominalmente libres, es decir, libres de morirse de hambre cuando no tenían trabajo. La mayor parte de ellos eran *norma-D,* la clase más baja de obreros manuales con caras sombrías y toscas pero de vez en cuando podía verse brevemente bajo la tenue luz de las farolas algún rostro que mostraba un semblante más inteligente. Se trataba de algún *norma-C* o *B,* que se deslizaba entre las sombras que se entretejían con las fugaces luces. Cuando pasaba algún *estándar* vestido de librea, o el mismo amo a quien servía, aquellos ojos despedían un brillo especial. Existía el convencimiento y la sensación de que algo andaba mal cuando los esclavos eran más ricos que los hombres libres. Kenri había visto anteriormente esa mirada y sabía en qué podría convertirse: la cara ciega de la destrucción. En cualquier parte, los hombres de Marte, de Venus, y de las lunas de Júpiter tenían ambiciones. Y la Tierra era aún el más rico de los planetas...

«No -pensó-, el Imperio Estelar no puede durar mucho más.»

Pero era preciso que durara su vida y la de Dorthy, y que pudieran aprovisionarse pensando en sus hijos. Con eso bastaría.

Un tipo le dio un codazo en las costillas.

-¡Quítate de mi camino, raso!

Apretó los puños y pensó en lo que habría hecho allá en los cielos, en lo que podría hacer aquí en la Tierra y... sin proferir palabra se apartó. Una mujer, gorda, asomada en una ventana, se mofó de él y escupió. Esquivó el salivazo, pero no pudo hacer lo mismo con la risotada que siguió.

«Nos odian -pensó-. Aún no osan ofender a sus amos, así que se desquitan con nosotros. ¡Paciencia! No va a durar otros dos siglos...»

Sin embargo, aquello le trastornó. Se dio cuenta de que se tensaban sus nervios y sus músculos abdominales, y que le dolía el cuello con el esfuerzo que hacía por mantener el rostro humildemente gacho. A pesar de que Dorthy le esperaba en un jardín de rosas, necesitaba tomarse un trago. Vio un anuncio de neón que representaba una botella, parpadeante, encima de una puerta. Entró.

Unos cuantos tipos taciturnos aparecían medio desplomados sobre las mesas bajo la espasmódica obscenidad de un mural viviente que tendría no menos de un siglo. La taberna sólo poseía en propiedad media docena de chicas *estándar-D* e iban tan excesivamente maquilladas que seguramente habían sido adquiridas de segunda o tercera mano. Una de ellas dirigió a Kenri una sonrisa mecánica pero cuando vio su cara, su traje y la insignia que llevaba le volvió la espalda con gesto desdeñoso.

Se abrió paso hasta la barra. Allí había una camarera auténtica y jovencita que le miró con ojos helados.

-Vodzan -ordenó Kenri-. Doble.

-Aquí no servimos a rasos -dijo la camarera de la barra.

Kenri agarró fuertemente la barra hasta que se le pusieron lívidos los nudillos. Se disponía a dar media vuelta y marcharse, cuando una mano le tocó el brazo.

-¡Un momento, hombre *del* espacio! -y volviéndose hacia la camarera ordenó-: Un vodzan doble.

-Ya le dije... -empezó a protestar la chica.

-Éste es para mí, Wikn -interrumpió el hombre-, *y* puedo dárselo a quien se me antoje. Incluso puedo derrámalo al suelo si me da la gana -en su voz apareció un tono que obligó a la camarera a volverse rápidamente hacia donde estaban las botellas.

Kenri miró aquella cara blanquecina e imberbe que llevaba un aerodinámico encajado en el cráneo. Su cuerpo larguirucho, vestido de gris, se apoyaba con un codo en la barra y en la otra mano agitaba distraídamente un cubilete de dados. Sus dedos carecían de huesos, en su lugar aparecían unos pequeños y delicados tentáculos. Y sus ojos eran del color encendido del rubí.

-¡Muchas gracias! -dijo Kenri-. Déjeme que pague...

-No. Soy yo quien invita -el desconocido tomó el vaso y se lo pasó a Kenri-. Aquí tiene.

-A su salud, señor -Kenri levantó el vaso y bebió. El líquido ardía al abrirse camino hacia el interior de su cuerpo.

-Tal como van las cosas... -dijo el tipo con indiferencia-. Para mí no es el caso...

Probablemente era un pequeño delincuente de poca monta, tal vez un miembro de la Liga de asesinos recientemente declarada fuera de la ley. En cuanto al cuerpo del individuo, no era humano. Seguramente se trataba de un *especial-X,* creado en los laboratorios de genética para trabajos determinados, para ser estudiado o por diversión, simplemente. Era presumible que se le hubiera dejado en libertad tan pronto como su amo logró su propósito y el tipo se había agenciado un lugar en los barrios bajos.

-¿Estuvo mucho tiempo fuera? -preguntó, mirando a los dados.

-Alrededor de veintitrés años -respondió Kenri-, en Sirio.

-¡Las cosas han cambiado! -dijo el X-. De nuevo cobra fuerza el antikithismo. Sea cuidadoso, no vayan a pegarle un porrazo o asaltarlo. Si eso ocurriera, de nada le serviría denunciar el hecho a la policía de la ciudad.

-Es mucha amabilidad por su parte...

-No vale la pena que me lo agradezca -los delgados tentáculos del tipo agarraron el cubilete y volvió a agitar los dados-. Me gusta encontrarme con alguien a quien aconsejar...

-¡Oh! -Kenri dejó el vaso sobre la barra. Por unos instantes el salón saturado de humo se le presentó borroso-. Ya veo. Bueno...

-¡No! Por favor, no se vaya -levantó hacia él sus ojos de rubí y quedó sorprendido al ver que asomaban a ellos unas lágrimas-. Lo siento mucho. No me eche en cara que me sienta amargado. En una oportunidad quise inscribirme, pero no me aceptaron.

Kenri no dijo nada.

-Desde luego, estaría dispuesto a dar mi pierna izquierda, hasta el esternón, para tener la oportunidad de un solo viaje -dijo X con torpeza-. ¿No cree que un terrícola tiene sus sueños, de vez en cuando... y nosotros también? Pero no les sería de mucha utilidad. Hay que haber crecido en el espacio, muy cerca de él, para saber suficiente y ser de utilidad en algún planeta del que nunca se haya oído hablar en la Tierra. Supongo que además me perjudica mi aspecto. Incluso a los desvalidos se nos impide unirnos.

-Nunca se les permitió, señor -dijo Kenri.

-Supongo que tiene razón. Usted ha visto mucho más espacio y tiempo del que yo veré en toda mi vida. En consecuencia aquí me quedo, sin pertenecer a nada y a nadie, y siguiendo con vida Dios sabe cómo. Pero me pregunto si vale la pena. Un hombre no puede considerarse realmente vivo hasta que tiene algo superior a él mismo, y su pequeña y propia felicidad. Por todo ello morirá satisfecho -el X volvió a agitar el cubilete y lanzó los dados-: ¡Nueve! Estoy perdiendo mi destreza -miró de nuevo a Kenri-: Conozco un lugar donde no les importa quién es uno, siempre y cuando cuente con dinero.

-Muchas gracias, señor; pero tengo que hacer algo en otra parte -dijo Kenri incómodo.

-Lo supuse. Siendo así, ¡hasta la vista! No quisiera que se demorara por mi culpa -el X miró a otra parte.

-¡Gracias por el trago, señor!

-No hay de qué darlas. Venga siempre que quiera. Generalmente estoy por aquí. Pero no me cuente historias acerca de los planetas de por allí. No me gusta que me cuenten nada de ellos.

-Buenas noches -se despidió Kenri.

Cuando salía, oyó que los dados sonaban con estrépito encima del mostrador del bar.

Dorthy le expresó su deseo de efectuar algunas excursiones en Marduk y para hacerse una idea del planeta. Hubiera podido escoger a algunos de los colonos como escoltas pero prefirió pedírselo a Kenri. Nadie puede negarse a una Estrella, así que renunció a algunas negociaciones prometedoras y vender algunas pieles a uno de los jefes nativos y en su lugar alquiló un vehículo y pasó a recoger a Dorthy a la hora -fijada.

Circularon en silencio durante algún tiempo, hasta que la colonia desapareció en el horizonte. Estaban en un desierto pétreo, de color llamativo, riscos pelados y montañas de hierro. Desperdigados se veían cardos polvorientos que aparecían recortados en el aire raro y claro. Por encima de sus cabezas el cielo aparecía de un azul intenso con el encogido disco de Sirio A y el brillante resplandor de su compañero, los cuales derramaban una luz áspera sobre la inmensa soledad.

-Éste es un mundo maravilloso -dijo ella finalmente. Sus palabras llegaban ahogadas a los oídos de Kenri, debido a la tenuidad de la atmósfera-. Me gusta más que Ishtar.

-La mayoría piensa al revés, Damalibre -le informó Kenri-. Dicen que es insulso, frío y seco.

-No saben lo que se dicen -replicó Dorthy.

Kenri veía la parte posterior de su cabellera rubia. Ella miraba la silueta fantástica formada por un escarpado cercano, rocas erosionadas y arbustos dispersos, su color era de un leonado listado por el brillo rojo y azul de las veías minerales.

-Le envidio, Kenri Shaun -dijo al cabo de un rato-. He visto unas cuantas fotografías y leí unos pocos libros... todo cuanto cayó en mis manos, pero no es bastante. Cuando pienso en todo lo que vosotros habéis visto de raro, hermoso, y maravilloso, siento una profunda envidia.

Kenri se aventuró a formularle una pregunta.

-¿Fue por eso por lo que vino a Sirio, Damalibre?

-En parte, sí. Cuando murió mi padre, quisimos que alguien levantara un inventario de las propiedades familiares en Ishtar. Toda la -familia creyó que lo mejor era mandar a algún agente, pero yo insistí en ir yo misma y tomé reservas en el Temerario. *Todos creyeron que estaba loca. Porque iba a encontrarme con nuevos estilos, nuevas formas de hablar, gentes nuevas; mis amigos serían de edad avanzada y me convertiría en un anacronismo andante... ¡Ya puede suponérselo! -suspiró-: ¡Pero valió la pena!*

Kenri pensó en su propia vida, el aburrimiento de sus viajes siempre iguales, semanas que se volvían meses y años en el interior de una concha metálica que vibraba. Sintió próxima la hostilidad salvaje de crueles planetas... Había visto amigos sepultados bajo corrimientos de tierras, escupiendo fragmentos de pulmón cuando sus cascos de seguridad se rajaban en el vacío, o pudriéndose en vida con alguna enfermedad desconocida. Él se había despedido de ellos y los había visto desaparecer en un silencio del que nunca se regresaba y se había preguntado cuáles habían sido los últimos instantes de su vida. En la Tierra él era un fantasma, sin apego, a la deriva en el gran río del tiempo. En la Tierra se sentía, en cierto modo, irreal.

-¡No me extraña! -dijo Kenri.

-¡Oh! Supe ajustarme a todo... -rió.

El vehículo cruzó dunas altas y bajó a profundos barrancos, dejando tras sí unas huellas en el polvo que la suave brisa borraba lentamente tan pronto como habían pasado. Esa noche acamparon cerca de las ruinas de una ciudad olvidada, un lugar que alguna vez fue con seguridad un maravilloso y adorable espectáculo. Kenri levantó dos tiendas y empezó a preparar comida mientras ella observaba.

-Déjame que te ayude -se ofreció ella una vez.

-No son tareas para usted, Damalibre -replicó.

«De todos modos serías demasiado desmañada -pensó Kenri-. Lo convertirías todo en un revoltijo.»

Las manos de Kenri eran muy hábiles con aquellas primitivas cacerolas. La luz rojiza del anafe luchaba contra la oscuridad que los envolvía y silueteaba en rojo sus caras en medio

de las sombras que bailaban. Arriba las estrellas aparecían altísimas y frías.

Ella miró la comida que burbujeaba.

-Creía que vosotros... nunca comíais pescado -murmuró Dorthy.

-Algunos comemos, y otros no -respondió él con aire ausente. Aquí, alejados de todos, era dificil sentir rencor por el abismo que los separaba-. En un principio el hábito lo convirtió en un tabú en Kith, cuando se contó con espacio y energía para producir alimentos en las aeronaves. Comprenda que sólo un rico podía permitirse el lujo de poseer un acuario, y un grupo de nómadas fuertemente unidos debían prohibir el consumo a fin de evitar resentimientos. En la actualidad, desaparecida la cuestión económica, sólo los ancianos siguen observando el tabú.

Ella sonrió y aceptó el plato que le ofrecía.

-¡Es divertido! -observó Dorthy-. Una no puede pensar en que vosotros tengáis historia. Siempre habéis estado presentes a nuestro alrededor...

-Pero la tenemos, Damalibre. Tenemos tradiciones en abundancia... Tal vez más que el resto de la humanidad.

De repente, se oyó en la noche un aullido aterrador. Dorthy se estremeció.

-¿Qué fue eso? -preguntó.

-Carnívoros locales, Damalibre. No se asuste por ellos -rápidamente esgrimió un arma compacta, oscuramente satisfecho de la posibilidad de demostrar... ¿Demostrar, qué: su hombría?- Nadie, si dispone de un arma, tiene por qué asustarse de cualquier animal, por grande que sea. Los peligros se esconden en otras partes: una enfermedad ocasional, y más frecuentemente el frío, el calor o los gases venenosos; otras veces, el vacío o cualquier truco endiablado que nos depara el universo -sonrió, apareció un destello luminoso en los dientes de su delgada cara oscura-. De todos modos, si nos devoraba, moriría rápidamente. Somos tan venenosos para él como él lo es para nosotros.

-Claras diferencias bioquímicas y ecológicas -asintió ella-: un billón o más de años de evolución nos separan. Sería raro si sólo unos cuantos planetas tan próximos a Tierra hubieran desarrollado una vida que pudiera servirnos de alimentó. Supongo que ésa es la razón por la cual nunca existió en realidad una auténtica colonización extrasolar..., sino simplemente unas pocas colonias para dedicarse a la minería, comerciar o extraer productos químicos orgánicos.

-Así es, en cierto modo, Damalibre. Pero también es asunto económico. Era mucho más fácil (en términos crematísticos, más barato) quedarse en su hogar. Ningún porcentaje apreciable de gente habría abandonado sus hogares por ninguna circunstancia... La cría humana habría elevado la población más rápidamente de lo que pudiera reducirla la emigración en masa.

Dorthy le miró fijamente. Cuando habló lo hizo con voz suave.

-Vosotros los kiths *sois muy inteligentes, ¿verdad? Kenri sabía que era verdad, pero hizo la denegación esperada.*

-No, de ningún modo -dijo ella-. He leído algo de vuestra historia. Corrígeme si estoy equivocada pero, desde los primeros tiempos de los viajes espaciales, las exigencias fueron muy rígidas. Un hombre del espacio debía poseer simplemente una gran inteligencia, reflejos rapidísimos y al mismo tiempo una personalidad estable. No podía ser excesivamente corpulento, pero debía ser robusto. Una tez oscura era de cierta ayuda, tanto entonces como ahora, contra la fuerte luz solar y las radiaciones... Sí, así iban las cosas y así es como siguen. Cuando también las mujeres empezaron a salir al espacio la profesión tendió a convertirse en familiar. Aquellos viajeros del espacio que no servían se les dejaba de lado. Los nuevos reclutas de Sol eran muy semejantes en cuerpo y mente a la gente con la que se unieron. Fue así como en definitiva os convertisteis en kiths... *casi una raza humana separada que desarrolló sus propios sistemas de vida. Hasta que por fin tuvisteis el monopolio del tráfico aéreo.*

-No, Damalibre -protestó Kenri-. Nunca lo tuvimos. Cualquiera que desee puede construir una aeronave y conducirla por sí mismo. Pero representa una enorme inversión y cuando se ha apagado su entusiasmo inicial, el solano promedio no siente ya interés en una vida dura y solitaria. Así que hoy en día todos los hombres del espacio son kiths, *pero nunca se planeó así expresamente.*

-Aquí era donde pretendía llegar... -dijo ella, apasionadamente-. El que vosotros fuerais diferentes originó la sospecha y la discriminación. ¡No! ¡No me interrumpas! Quiero explicarme hasta el final... Cualquier minoría que se destaca y que compite con la mayoría se busca forzosamente la enemistad de ésta. Los productos químicos que aportáis son frecuentemente de gran valor y vuestro comercio con artículos suntuosos, como pieles y joyas, es activo. En consecuencia sois imprescindibles para la sociedad, pero seguís sin pertenecer a ella. Sois demasiado orgullosos, a vuestro modo, para imitar a vuestros opresores. Siendo humanos, ganáis naturalmente con cuanto traficáis y con ello os hacéis acreedores a la -fama que tenéis de chupasangres. Como sois capaces de pensar mejor y más ágilmente que los solarlos promedio, normalmente les ganáis en cualquier operación comercial y se os odia por ello. Tenemos además la tradición que heredamos de los tiempos mecanoclásticos, cuando la tecnología era considerada maldad y sólo vosotros la manteníais en un alto nivel. En la era puritana de la conquista de Marte, teníais costumbre de comerciar con las mujeres... Desde luego sé que eso se debía simplemente al propósito de hacer más llevadera la monotonía de los largos viajes, y sé también que vosotros disfrutáis de una vida familiar más intensa que los demás... Pero esos tiempos pasaron aunque han dejado su legado. Me sorprende que aún os preocupéis por la Tierra. ¿Por qué no os pasáis el tiempo vagando por el espacio y nos dejáis a nosotros cocernos en nuestra propia salsa?

-Es que Tierra es nuestro planeta, también -dijo suavemente. Tras una pausa agregó-: El hecho de que seamos imprescindibles nos otorga alguna protección. Nos las componemos. Por favor, no sienta lástima por nosotros.

-Sois gente soberbia -reconoció Dorthy-. Ni siquiera queréis que se os tenga piedad.

-¿Quién lo quiere, Damalibre?

En los límites del barrio de tugurios, en una zona donde se levantaban grandes almacenes de depósito y edificios de oficinas de las grandes familias de mercaderes, Kenri tomó un ascensor que lo dejó en la carretera pública aérea que pasaba por la dirección a la que se dirigía. Cuando pisó el umbral del ascensor no vio un alma viviente a su alrededor. Encontró un asiento en la banda transportadora, se sentó y dejó que ésta lo llevara hasta el centro de la ciudad.

La banda aérea se elevaba con rapidez hasta situarse muy por encima de todo, excepto las torres más altas. Apoyó un brazo en la barandilla y miró hacia abajo. Vio que la noche parecía viva y radiante.

Las calles y las paredes brillaban, rosarios de farolas variopintas destellaban ininterrumpidamente contra una oscuridad aterciopelada. Fuentes y surtidores elevaban agua que brillaba en colores rojos, oro y blanco. Una gran llama oscilaba a la base de una estatua triunfal y ofrecía el aspecto de un arcoiris en fusión. La arquitectura estelar era a base de movimientos paralizados, de elevadas columnas, grádenos y pináculos que desafiaban el ardiente cielo. Tan arriba, en esa selva aérea, el hombre espacial difícilmente podía distinguir la riada de vehículos y personas que circulaban a sus pies.

Cuando se acercaba al centro de la ciudad, entraron más pasajeros en la banda aérea. *Estándars* que vestían deslumbrantes y fantásticas libreas; *nosmas* con sus túnicas y falditas; algún turista ocasional procedente de Marte, Venus o Júpiter, con uniformes resplandecientes y con ojos ardientes y codiciosos..., y finalmente entró un grupo de *libertos,* con sus delgadas vestiduras que formaban remolinos iridiscentes alrededor de su figura erecta y esbelta. Lucían joyas y tanto las barbas de los hombres como los peinados de las mujeres eran de un corte impecable. Muchos habían cambiado las modas en esos últimos veinte años. Kenri sintió agudamente que iba cubierto de andrajos y se encogió más en un rincón de la banda aérea.

Dos jóvenes pasaron frente a su asiento. Alcanzó oír la voz de una mujer.

-¡Oh, mira! ¡Un raso!

-¡Qué desfachatez! -murmuró uno de los hombres-. ¡Me dan ganas de...!

-¡No, Scanish! -intervino otra voz femenina, más amable que la primera-. Está en su perfecto derecho.

-Pero no debiera ser así. Conozco a esos rasos: dales un dedo y te tomarán el brazo entero -los cuatro estaban sentados detrás de Kenri-. Mi tío está en el «Comercio transo-lar» y podría contarte...

-¡Por favor, Scanish! Cállate. Nos está oyendo,

-Pues sólo deseo que...

-Olvídalo, querido. ¿Qué haremos ahora? ¿Vamos al *Halgor?* -es obvio que trataba de cambiar de tema.

-¡No! Ya hemos estado más de cien veces. ¿Qué podríamos hacer? ¿Qué os parece si tomamos mi cohete y nos vamos hasta China? He oído hablar de un lugar donde han descubierto unas técnicas que vosotros nunca...

-No. No estoy de humor. No sé siquiera lo que quiero.

-Últimamente he tenido los nervios muy alterados. Compré un médico nuevo, pero me dice exactamente lo mismo que el anterior. Ninguno de ellos sabe lo que se trae entre manos. Quizá pruebe esta nueva religión: el beltanismo. Según parece, tiene algo. Por lo menos parece divertida.

-Oíd, ¿os habéis enterado de lo último de María? ¿Sabéis a quién vieron salir de su dormitorio este último denario?

Kenri trató de concentrarse en sus pensamientos y olvidar aquella cháchara. No quería oírla. No permitiría que lo invadiera el hastío y la enfermedad del espíritu que dominaba el viejo Imperio.

«¡Dorthy! -pensó-. Dorthy Persis de Canda. ¡Qué bello nombre! Es musical. Y los De Canda siempre han sido sobresalientes. Ella no es como el resto de los Estelares.

»Me quiere -y al pensarlo creyó que se elevaba una canción en su interior-. ¡Me quiere! Ante nosotros se extiende toda una vida. ¡Somos dos para vivir una sola vida y que el resto del Imperio se pudra si lo desea! Estaremos juntos...»

Ahora vio enfrente un rascacielos: mancha de piedra, cristal y luz que se encaramaba hacia el cielo. La insignia de los De Canda brillaba en la fachada. Era un símbolo antiguo y orgulloso. Representaba trescientos años de progreso.

«Pero eso es menos que mi propia vida -siguió pensando-. ¡No, no debo sentirme avergonzado ante su presencia! Procedo de la más vieja y mejor estirpe de toda la humanidad... Encajaré.»

Le extrañaba no poderse sacudir de encima la depresión que le embargaba. Éste era un momento glorioso. Debería ir hacia ella como un conquistador. Sin embargo...

Suspiró y se puso en pie cuando se dio cuenta de que llegaba al lugar de bajada.

Un fuerte dolor recorrió su cuerpo. Pegó un salto y trastabilló hasta caer apoyado en una rodilla. Lentamente giró la cabeza. El joven estelar se reía de él y blandía en la mano una cachiporra. Kenri se pasó la mano por la parte más dolorida y los cuatro compañeros se echaron a reír. Lo mismo hicieron todos los que se dieron cuenta de lo ocurrido. Las risotadas le seguían aún cuando abandonó la banda aérea para subir al ascensor.

No había nadie más en el puente de mando. Un hombre bastaba para cubrir la guardia aquí en el inmenso vacío entre soles. El cuarto era una profunda caverna en penumbra. No se oía nada, excepto el incesante y amortiguado zumbido de la nave. Aquí y allá, se encendían, parpadeaban y se extinguían lucecitas multicolores. Era el tablero de instrumentos. La brillantez misteriosa de las estrellas se podía ver distorsionada por el cristal del ojo de buey. Aparte ésa, no había otra iluminación. Kenri había apagado todas las luces.

Ella atravesó el umbral e hizo un breve alto. En la oscuridad destacaba su camisa blanca. Se endurecieron los músculos del cuello cuando Kenri la miró y cuando hizo la inclinación de rigor, su cabeza le daba vueltas. Oyó un susurro débil y agradable cuando ella se aproximó

más. Andaba con el paso largo y oscilante de los libertos y su cabellera ingrávida flotaba a sus espaldas como si fuera de seda...

-Nunca había estado en un puente de mando -fueron sus primeras palabras-. Creí que a los pasajeros no se les permitía verlo.

-Es que yo la invité, Damalibre... -Kenri contuvo la voz.

-Fue mucha amabilidad la tuya, Kenri Shaun -con los dedos recorrió el brazo de Kenri-. ¡Siempre has sido muy amable conmigo!

-¿Podría alguien comportarse en forma distinta?

Una tenue luz recorrió sus mejillas y luego sus ojos que se volvían hacia él. Sonreía y sus labios se curvaron en una forma extrañamente tímida.

-Gracias -susurró.

-Vea -trazó un ademán en dirección al ojo de buey que parecía colgar encima de sus cabezas-. Ése es precisamente el eje de rotación de la nave. A eso se debe el que la visión sea constante. Fíjese que los escritorios y los paneles están distribuidos en círculo alrededor de la pared interior a fin de sacarle ventaja a ese hecho -su propia voz le sonaba extraña y lejana a sus propios oídos-. Aquí tenemos la computadora de astrogación. Precisamente ahora, la nuestra necesita urgentemente una revisión a fondo. A eso se debe que tenga encima de mi escritorio tantos libros y tablas de cálculos...

Dorthy pasó la mano por el respaldo de su asiento.

-¿Éste es el tuyo, Kenri Shaun? Casi puedo imaginarte trabajando aquí sentado, con esta divertida mirada fruncida en tu cara, como si los problemas fueran enemigos personales tuyos. Luego suspiras, te pasas los dedos por entre los cabellos y pones tus pies encima del escritorio para pensar. ¿Acierto?

-¿Cómo lo adivinó, Damalibre?

-Lo sé. Estuve pensando mucho en ti, últimamente -desvió la mirada para contemplar los fríos enjambres estelares que se reflejaban en el ojo de buey.

-Desearía que no me hicieras sentirme tan fútil -dijo ella.

-Usted...

-Aquí sí que hay vida... -hablaba con rapidez, atropellándose en las palabras en su afán de soltar todo-. Mantenéis viva la Tierra con vuestros transportes. Trabajáis, pensáis y lucháis por algo... real. No acerca de qué vestido ponerse para cenar, quién fue visto en alguna parte con alguien, o qué hacer esta noche cuando una se siente inquieta e infeliz y no puede soportar la idea de quedarse tranquilamente en casa. Dije que manteníais viva la Tierra, pero además mantenéis vivo un sueño. ¡Te envidio Kenri Shaun! ¡Ojalá hubiera nacido yo en Kith!

-Damalibre... -se le hizo un nudo en la garganta.

-No tiene remedio -sonrió, sin apiadarse de sí misma-. Incluso si fuera aceptada en alguna nave, no podría ir. Carezco del entrenamiento, la fortaleza innata, la paciencia o... ¡No! ¡Olvídalo! -aparecieron lágrimas en sus ojos ardientes-. Cuando lleguemos a casa, sabiendo ahora lo que eres en

Kith, ¿podría siquiera intentar ayudarte? Trabajaré para una mejor comprensión de tu pueblo. Lucharé para que se os trate más amablemente y con más decencia. ¡No! Me doy cuenta que incluso es inútil hacer el intento. Me faltaría valor...

-Estuvo perdiendo el tiempo, Damalibre -dijo él-. Nadie puede cambiar toda una cultura. No se preocupe, no le dé pena.

-Lo sé -replicó ella-. Tienes razón, claro. Siempre la tienes. ¿Pero si estuvieras en mi lugar lo intentarías? Se miraron fijamente durante un buen rato. Ésa fue la primera vez que él la besó.

Los dos guardias de la imponente entrada principal eran un par de gigantes, inmóviles como estatuas en la gloria deslumbrante de sus uniformes. Kenri tuvo que estirar el cuello para mirar a la cara del que estaba más cerca.

-La Damalibre Dorthy Persis me espera -le informó.

-¿Cómo? -la sorpresa hizo que su maciza mandíbula quedara colgada.

-Sí, señor -sonrió Kenri y le puso bajo las narices la tarjeta que le había dado-. Me dijo que subiera tan pronto como llegara.

-Pero, es... que... están celebrando una fiesta...

-Da igual. Llámela.

El guardia se puso colorado, abrió la boca pero inmediatamente volvió a cerrarla. Dio la vuelta y entró en la cabina del visiófono. Kenri esperaba, lamentando su insolencia. *Dales un dedo y te tomarán el brazo entero.* ¿Pero de qué otra manera podría comportarse un *kiths?* Si se mostraba deferente decían que hacía la pelotilla; si se mostraba orgulloso lo acusaban de bastardo odioso que se abría paso a codazos; si tras un regateo se avenía a vender a un precio razonable era tenido por un exprimidor y un chupasangres; si hablaba en su propia lengua con sus camaradas lo acusaban de conspirar; si se preocupaba más por sus compañeros viajeros del espacio que por una nación efímera se le conceptuaba de traidor y cobarde, si...

Regresó el guardia, meneando la cabeza, sorprendidísimo.

-De acuerdo -dijo hoscamente-. ¡Suba! Primer ascensor a mano derecha, piso cincuentavo. Pero cuide sus modales; raso.

«Cuando haya entrado en la sociedad de los señores -pensó Kenri rabiosamente-, les haré tragar esa palabra -luego sintió que de nuevo surgía en su ulterior una inquietud inexplicable-. No. ¿Por qué hacerlo? ¿Qué ganaría con ello?

Pasó por debajo de la inmensa curva de la puerta y entró en un vestíbulo de plástico luminoso parecido a una gruta. Unos cuantos criados estándar pusieron ojos desorbitados al verle pero no iniciaron ningún movimiento para cerrarle el paso. Encontró el ascensor y pulsó el botón del piso 50. Se elevó con una inmovilidad que sólo rompía el repentino latir violento de su corazón.

Salió para entrar en una antesala de terciopelo carmesí. Más allá del dintel arqueado percibió un revoloteo de colores, una masa humana roja, púrpura, dorada. El aire estaba lleno de música y de risas. El lacayo que estaba en la entrada le cerró el paso y no podía dar crédito a sus ojos.

-¡No puede entrar aquí!

-¡Faltaría más! ¡Claro que puedo!

Kenri de un empujón lo echó a un lado y a grandes zancadas penetró en el salón. La intensa iluminación le pegó como un puñetazo y se quedó de pie, parpadeando ante la confusión de quienes bailaban, criados, mirones, músicos... Había por lo menos mil personas en aquel inmenso salón abovedado.

-¡Kenri! ¡Oh, Kenri!

Ella se echó entre sus brazos, apretando sus labios contra los de él, atrayendo hacia sí la cabeza de Kenri, con las manos temblorosas. Él la apretó más contra su cuerpo y la capa vaporosa que llevaba se enroscó con Kenri y pareció aislarlos de los que les rodeaban.

Pasado un momento, ella se echó hacia atrás, sin aliento y riendo ligeramente. No era ni con mucho la alegría que había conocido, había cierta reserva en la de esa oportunidad y bajo sus grandes ojos aparecían unas sombras. Estaba muy cansada, le dijo y Kenri se sintió invadido por la ternura.

-Queridísima mía -dijo en voz casi inaudible.

-Kenri, aquí no... ¡Oh, amor mío! Suspiraba para que llegaras antes, pero... Ven conmigo ahora, quiero que todos vean al hombre que se ha apoderado de mi corazón.

Le tomó de la mano y casi a rastras hizo que avanzara. Los que bailaban iban deteniéndose, pareja tras pareja cuando se daban cuenta del extraño, hasta que finalmente un millar de caras rígidas fijaron sus ojos en él. En la sala reinó un silencio impresionante aunque la música prosiguió. Sonaba metálica en aquel repentino silencio.

Dorthy se estremeció. Luego echó su cabeza hacia atrás con el aire de desafío que tanto le gustaba a Kenri y sostuvo las miradas de todo el mundo. Levantó el brazo hasta que tuvo cerca de los labios su pulserófono y los altavoces instalados en el techo ampliaron su voz que llenó todo el salón.

-Amigos míos, quiero anunciaros... Algunos de vosotros ya lo sabéis... En fin, ¡éste es el hombre con el que voy a casarme!

Era la voz de una jovencita asustada. Resultaba cruel amplificarla como si fuera la de una diosa.

Tras una pausa que pareció durar una eternidad, alguien ejecutó la reverencia ritual. Luego le siguió alguien más y, al poco rato, todos los imitaban, como si fueran muñecas mecánicas. Tan sólo unos pocos volvieron sus espaldas, despreciativamente.

-¡Seguid! -el tono de voz de Dorthy se volvió estridente-. ¡Seguid bailando, por favor!

El director de la orquesta poseía seguramente cierto grado de sensibilidad ya que ordenó tocar una tonada muy bulliciosa y una tras otra las parejas volvieron a deslizarse por la pista de baile.

Dorthy dirigió una mirada vacía al hombre del espacio.

-¡Qué alegría me da volver a verte! -exclamó.

-Y a mí... -replicó Kenri.

-Ven -se lo llevó siguiendo la pared del salón-. Sentémonos y hablemos.

Encontraron un nicho discretamente aislado del salón por un emparrado de rosales trepadores. Era un lugar oscuro y ella se volvió hambrienta hacia él. Kenri notó que Dorthy estaba temblando.

-No ha sido nada fácil para ti, ¿verdad? -preguntó Kenri con voz apagada.

-No -confesó ella.

-Si tú...

-¡No digas nada! -se notaba temor en sus palabras. Le cerró la boca con sus labios-. Te quiero -dijo ella tras un momento-. Y eso es lo único que importa.

Kenri no respondió.

-¿No lo es? -gritó ella. Kenri asintió y dijo:

-Tal vez. Pero, estoy casi seguro que ni tu familia ni tus amigos aprueban tu elección.

-En efecto, algunos no. ¿Te importa, querido? Ya lo olvidarán, cuando seas uno de los nuestros.

-¿Uno de los vuestros? ¡No he nacido para serlo! -dijo tristemente-. Siempre me destacaré como... Bueno, ¡olvídalo! Podré soportar lo que sea, si tú puedes.

Se sentó en el banco tapizado, abrazando a Dorthy muy estrechamente, y miró hacia afuera por entre los capullos de rosa. Colorido, movimiento, risas ásperas y estentóreas... ¡No, ése no era su mundo! Se extrañó que alguna vez pudiera habérsele ocurrido que podría serlo.

Habían tratado del tema mientras la aeronave se precipitaba en la profundidad de la noche. Ella nunca podría ser una *kith.* Y no había espacio entre una tripulación para alguien que no pudiera soportar mundos que nunca fueron creados expresamente para el hombre. La única solución era que él se uniera con los de la clase de ella. Podría encajar. Poseía inteligencia y capacidad de adaptación sobradas para crearse un lugar para él mismo.

«¿Qué tipo de lugar?», pensó Kenri, mientras ella se acurrucaba muy unida a él.

Ahí tendría a Dorthy. Ambos estarían a solas en las noches de Tierra y no necesitaban nada más.

¿Sería suficiente? Un hombre no puede pasarse toda la vida haciendo el amor.

Podría trabajar en las grandes empresas mercantiles. En alguna de ellas podría hacer carrera. (Cuatro mil barriles *de* jungóleo para su venta a comisión y las lluvias intensas y los relampagueos por todos los mares fosforescentes del planeta. Mil lingotes de torio refinado de Hathor y la luz de la luna que hace destellar la crujiente nieve y la calma invernal. Un fardo de pieles verdes procedente de un planeta recién descubierto y la nave que ha ido raudamente a través de las estrellas y del esplendor de los cielos que nunca antes vieron ojos humanos). O quizás emprender la carrera militar. (¡Firmes! ¡Marchen!, Uno, dos, uno, dos... Señor, ahí tiene el último informe secreto recibido de Marte... Señor, sé que necesitamos inmediatamente los cañones, pero no pudimos ponernos en contacto con el contratista. Su amo es un Estrellalibre... El General ruega su asistencia al banquete que será ofrecido a los oficiales del cuartel general... Por favor, coronel Shaun, dígame lo que realmente cree que ocurrirá, a ustedes los oficiales les asusta tanto dar vuestra opinión personal... ¡Apunten! ¡Fuego! ¡Así mueren los traidores al Imperio Estelar!) O tal vez podría incorporarse en algún centro científico. (Desde luego, caballeros, de acuerdo con los textos la fórmula es...)

El brazo de Kenri apretó desesperadamente la cintura de Dorthy.

-¿Cómo te sientes al encontrarte de nuevo en casa? -preguntó-. Dicho de otro modo...

-¡Oh! ¡Maravillosamente bien! -le interrumpió Dorthy y le dirigió una mirada indecisa-. Estaba muy asustada de parecer anticuada, poco al corriente; pero nada de eso, me siento perfectamente. Ésa es una multitud tremendamente divertida; en su mayoría son amigos de infancia. Los vas a querer, Kenri. Disfruto de mucha fama entre ellos porque voy a hacer ese viaje a Sirio. ¡Piensa en lo mucho que tendrás!

-No, no lo tendré -refunfuñó-. Recuerda que soy simplemente un raso.

-¡Kenri! -una llamarada de ira cruzó por sus ojos-. ¡Qué maneras de hablar! No lo eres y tú lo sabes. No lo serás a menos que insistas en

pensar como un raso continuamente... -Dorthy calló a tiempo y agregó humildemente-: ¡Lo siento mucho, querido! Lo que dije fue terrible, ¿verdad?

Él miró al frente, directamente frente a sí, desviando sus ojos de ella.

-He sido... Bueno, me han contagiado -dijo Dorthy-. ¡Tanto que habíamos avanzado! Pero me curarás de nuevo, ¿verdad?

Una gran ternura se apoderó de él y agachó la cabeza para besarle en los labios.

-Huuumm... ¡Perdonad!

Se separaron de un salto, casi con un sentimiento de culpabilidad y miraron a la pareja que acababa de entrar en el rinconcito donde ellos se encontraban. Él era un hombre de edad mediana, delgado, austeramente rígido y destellaban muchas condecoraciones en su túnica azul oscuro. Ella era más joven, con cara rechoncha y parecía estar un poco ebria. Kenri se levantó. Los saludó con una reverencia: los brazos rectos, frente a si, como si saludara a personas de su misma condición.

-¡Oh! Dejadme que os presente. Estoy segura que os sentiréis a gusto los unos con los otros... -Dorthy hablaba rápidamente en voz alta-. Os presento a Kenri Shaun. Os hablé bastante de él -soltó una risita nerviosa-. Kenri, te presento a mi tío, el coronel De Canda de la guardia imperial y a mi sobrino, el honorable lord Doms. ¡Qué divertido regresar y encontrarse que una tiene un sobrino de su misma edad!

-Es un honor, señor -el coronel hablaba con voz seca. En cuanto a Doms se limitó a sonreír.

-Debéis perdonar la interrupción -siguió De Canda-. Pero quería hablar con... Shaun cuanto antes. Comprenda, señor, que es para el bien de mi sobrina y el de toda la familia.

Kenri notaba que las palmas de sus manos estaban frías y húmedas.

-No faltaba más -dijo-. Siéntese, por favor.

-Muchas gracias -De Canda dobló su anguloso cuerpo hasta tomar asiento junto a Kenri. Frente a ellos se sentaron Doms y Dorthy. El joven se había dejado caer pesadamente en una butaca.

-¿Quieren que mande por un poco de vino? -sonrió.

-Por mí no, muchas gracias -dijo Kenri con voz ronca. Los ojos fríos del coronel estaban exactamente al mismo nivel que los de Kenri.

-En primer lugar -empezó De Canda-, quiero que comprenda que yo no comparto este absurdo prejuicio racial que se está desarrollando entre los de su pueblo. Puede demostrarse que los *kith* son biológicamente iguales a las familias estelares e indudablemente superiores a algunas -dirigió una rápida mirada de desprecio en

dirección a su sobrino Doms-. Sin duda existe una ancha barrera cultural, pero si pudiera salvarse, yo sería el primero de apadrinarlo con mucho gusto para que se integrara en nuestras filas.

-¡Muchas gracias, señor! -Kenri se sentía como mareado. Ningún *kith,* en toda la historia, había llegado tan arriba. ¡E iba a ser él! Percibió el leve suspiro de felicidad que salió de la garganta de Dorthy cuando le tomó el brazo y un poco del hielo que sentía en su interior empezó a derretirse-. Haré... lo mejor que pueda y sepa...

-¿Pero podrá? Eso es lo que debe tratar de demostrar -De Canda se inclinó hacia adelante, y aprisionó entre las rodillas sus manos plegadas-. Hablemos sin rodeos. Usted sabe tan bien como yo que se avecinan días de gran peligro para el Imperio y que si éste debe sobrevivir los pocos hombres de acción que quedan deberán mantenerse muy unidos y devolver los golpes con dureza. Difícilmente podemos permitirnos las debilidades entre nosotros y al mismo tiempo, es indudable que no podemos tener en nuestro medio hombres fuertes que no estén de todo corazón con nuestra causa.

-Seré... leal, señor -dijo Kenri-. ¿Qué más puedo hacer?

-Mucho -dijo el coronel-. Y gran parte de su tarea puede repugnarle. Sus conocimientos especiales podrán ser de mucha ayuda. Por ejemplo, el último impuesto que grava a los *kith* no es simplemente un medio de humillarlos. Necesitamos el dinero. La hacienda del Imperio atraviesa malos momentos e incluso ese impuesto, por poco que sea, nos ayuda. Y habrá exigencias posteriores, tanto a los *kith* como a los demás. Usted puede ayudarnos en la política a seguir a fin de que no sientan el impulso de abandonar en bloque a Tierra.

-Es que yo... -Kenri tragó saliva. Se sintió de repente enfermo-. Usted no puede pretender que yo...

-Si usted no quiere, no puedo obligarle -dijo De Canda. En su voz chillona apareció un leve matiz de simpatía-. Me limito a indicarle lo que nos depara el porvenir. Usted podría mitigar la suerte de su pueblo... anterior, considerablemente, si nos ayuda.

-¿Por qué no? ¿Por qué no tratarlos como seres humanos? -preguntó Kenri-. Siempre estamos al lado de nuestros amigos.

-Tres mil años de historia no pueden ser anulados por un simple decreto -afirmó De Canda-. Usted lo sabe tan bien como yo.

Kenri asintió. Parecía que se endurecían los músculos del cuello.

-Admiro su valor -dijo el aristócrata-. Sus comienzos han sido duros. ¿Puede seguir adelante? Kenri bajó los ojos.

-Desde luego que sí puede -dijo Dorthy suavemente.

-¡Nuevos impuestos! Decretad otro bien pronto -dijo lord Doms con una risita tonta-. Ya tengo a un raso con la soga al cuello. Mal viaje, deudas, ¡cuentos!

-¡Cállate, Doms! -ordenó el coronel-. No te necesitamos para nada.

Dorthy inclinó la cabeza hasta descansarla sobre el hombre de Kenri.

-¡Gracias, tío! -su voz era melodiosa-. Si podemos con-tar con tu amistad, todo resultará bien.

-Eso espero -dijo De Canda.

El tenue olor dulzón del pelo de Dorthy llenaba el olfato de Kenri. Notó que los dorados rizos rozaban su mejilla, pero seguía con los ojos fijos en el suelo. Había truenos y oscuridad en su interior.

-Quisiera hablaros sobre ese tipo del espacio -insistió Doms riendo-. Debe dinero a la empresa. Puedo apoderarme de su hija bajo contrato si no paga. Precisamente su tripulación ha abierto una suscripción para ayudarle. Trataré de detenerla de algún modo. Se dice que las muchachas *kith* son muy ardientes. ¿Es verdad, Kenri? Ahora tú eres uno de los nuestros. ¿Cómo son en realidad? ¿Es verdad que...?

Kenri se levantó. Vio que el gran salón daba vueltas y pensó vagamente si era él mismo quien se tambaleaba.

-i Doms! -chilló De Canda-. ¡Cierra el pico...!

Kenri asió fuertemente a Doms por la túnica hasta obligarle a caer a sus pies. La otra mano doblegó los dedos y la cara de Doms encajó el fuerte puñetazo.

De pie, junto al derrumbado cuerpo del joven, Kenri se tambaleaba, con los brazos colgando sueltos a los lados. Doms tirado en el suelo, gruñía. Dorthy soltó un grito. De Canda dio un salto y se llevó la mano a un arma.

Kenri levantó la mirada. Sus palabras salieron espesas.

-Haga lo que debe, arrésteme. ¡Vamos! ¿Qué espera?

-Kenri... -Dorthy lo tocó con dedos temblorosos.

De Canda sonrió y con la bota empujó el cuerpo de Doms.

-Ha sido una insensatez de su parte, Kenri Shaun, pero sé que Doms lo tenía bien merecido. Trataré de que no le ocurra nada a usted.

-Pero esa muchacha *kith ...*-empezó Kenri.

-A mi entender no va a pasarle nada, si su padre puede reunir el dinero -sus ojos duros recorrieron la cara de Kenri-. Pero recuerde eso, amigo: no puede vivir en dos mundos a la vez. Ya no es un *kith.*

Kenri se enderezó. Notó una paz repentina como si todas las tempestades interiores hubieran amainado de pronto. Sentía algo vacía la cabeza, pero pensaba con claridad.

Le vino a la memoria el recuerdo que había abierto su visión y le había mostrado qué debía hacer, el único camino a seguir. Era una cara humana a medias, con unos ojos sin esperanza y una voz la que había

oído: «Un hombre no vive realmente hasta que tiene algo superior a él mismo y a su propia y pequeña felicidad por lo que estaría dispuesto a morir gustosamente.»

-Muchas gracias, señor -dijo Kenri-. Pero yo soy un *kith, y* nunca dejaré de serlo.

-Kenri... -a Dorthy se le quebró la voz. Estiró sus brazos y miró a Kenri con ojos extraviados. Kenri acarició el pelo de Dorthy.

-Lo siento muchísimo, amor mío -dijo amablemente.

-Kenri, no puedes irte. No puedes... ¡no puedes!

-Debo hacerlo -dijo él-. Bastante malo ha sido haber abandonado todo cuanto supone para mí la vida a cambio de una existencia que considero estúpida, espantosa, carente de sentido. Por ti hubiera sido capaz de aguantarla. Pero me pides que me convierta en un tirano o, por lo menos, que sea amigo de tiranos. Me pides que apruebe la maldad. No puedo hacerlo. Aunque pudiera no lo haría -la tomó por los hombros y miró el visible estupor que agrandaba sus ojos-. Porque eso haría que al final te odiara, a ti que tanto me cambiaste interiormente. Y yo quiero seguirte queriendo... ¡Siempre te querré!

Dorthy se soltó de entre sus brazos. El pensó que existían tratamientos psíquicos para cambiar sus sentimientos y hacer que ella dejara de preocuparse por él. Tarde o temprano se casaría con alguien de los de su clase. Deseó darle un beso de despedida, pero no se atrevió.

El coronel De Canda le tendió la mano.

-Será mi enemigo, supongo. Pero, con todo, le respeto. Siento simpatía hacia usted y le deseo... buena suerte, Kenri

Shaun.

-También yo se la deseo a usted... ¡Adiós, Dorthy!

Atravesó el salón de baile sin prestar atención a los ojos que se clavaban en él. Pisó el umbral y se dirigió hasta el ascensor. Se sentía aún demasiado atontado para experimentar nada. Eso vendría más tarde.

«Theye Barinn es una chica adorable -pensó en alguna parte remota de su mente-. Deberé darme una vuelta por donde vive y verla cuanto antes. Seguramente que juntos seremos muy felices.»

Pareció haber transcurrido mucho tiempo cuanto llegó de regreso a la Ciudad. Luego caminó a lo largo de calles desiertas, recogido en su interior, respirando el aire frío y húmedo de la Tierra.

FIN